



HAL
open science

¿De "La Explosión" a "la Implosión" demográfica?, [De "l'explosion" à "l'implosion" démographique ?]

Gérard-François Dumont

► **To cite this version:**

Gérard-François Dumont. ¿De "La Explosión" a "la Implosión" demográfica?, [De "l'explosion" à "l'implosion" démographique ?]. Cuadernos de bioética, 1995, 6 (24), pp.415-425. halshs-00903224

HAL Id: halshs-00903224

<https://shs.hal.science/halshs-00903224>

Submitted on 10 Nov 2013

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

¿De "LA EXPLOSION" a "LA IMPLOSION" demográfica?

Gérard-François Dumont

*Director del Instituto de Demografía Política,
Universidad de París-Sorbonne.*

¿Describe apropiadamente "La explosión demográfica" -expresión que de tanta aceptación goza- la realidad demográfica de los siglos XIX y XX? En modo alguno, por cuanto el crecimiento demográfico de los dos últimos siglos no es la consecuencia de un fenómeno "repentino" e "incontrolado", sino de una progresiva evolución originada por la acción humana. Mediante innovaciones económicas, y con los adelantos de la medicina, dichos siglos han aportado a la humanidad una novedad inédita en el curso de su historia: la ostensible regresión de la mortalidad, que, en los países más desarrollados, lleva aparejada una duplicación, incluso una triplicación de la duración de la vida humana.

El conocimiento de los mecanismos demográficos permite efectuar un balance objetivo de las evoluciones de la población mundial en la historia contemporánea. Este balance nos capacita para una aproximación prospectiva que conduce a diferentes modelos de futuro. De esta manera, es posible preguntarse si el de "la implosión demográfica" puede ser excluido, sobre todo por los países industriales con baja fecundidad. En base a las diversas hipótesis asumidas, existe una gran elasticidad en los resultados. No obstante, la perspectiva ofrece un vistazo del porvenir que autoriza a subrayar distintos aspectos cuasi-seguros en la visión del futuro y, en consecuencia, ilumina la acción presente.

* * * * *

La expresión "explosión demográfica" figura en el lenguaje ordinario desde los años sesenta. El 28 de agosto de 1968, concretamente, y con motivo de su reunión anual, el presidente de la Asociación Americana de Sociología declara que nuestro mundo se ha convertido en una "sociedad caótica"(1), debido a la "explosión de la población". El diccionario *Le Petit Robert* corrobora la generalización del empleo de este formulismo: tras enunciar el sentido figurado del vocablo *explosión* ("una manifestación repentina y violenta"), menciona un matiz de dicho vocablo definible como una "expansión repentina y espectacular", utilizando a modo de ejemplo *la explosión demográfica*.

¿Un fenómeno repentino y espectacular?

¿Puede, en realidad, la evolución demográfica de los dos últimos siglos sumarse mediante los adjetivos más arriba citados, es decir, mediante un carácter repentino y espectacular? Si consideramos especialmente los datos demográficos relativos a las ciudades, tal carácter espectacular no resulta inexacto. Sin embargo, el desarrollo registrado por la población mundial es netamente inferior al desarrollo que han conocido los ámbitos económicos y científicos, y a nadie se le ocurre hablar de explosión económica o de explosión científica.

Aún más discutible resulta su presunto carácter repentino, por cuanto el crecimiento demográfico no se ha producido en un tiempo exiguo. Dicho crecimiento -dependiendo de los países- se ha exhibido ostentosamente a lo largo de décadas, cuando no de siglos. No ha sido brusco, sino que ha acompañado los progresos de la economía, de la medicina y de

la higiene. No ha sido instantáneo, puesto que se ha manifestado durante diversas épocas y con diferentes ritmos en todo el mundo. Y tampoco resultaba imprevisible, siempre y cuando se tuvieran en cuenta los factores susceptibles de explicarlo.

Utilizar la expresión "explosión demográfica" equivale aceptar una suerte de inercia intelectual conducente a sorprenderse ante cualquier fenómeno nuevo. Desde la revolución industrial iniciada a finales del siglo XVIII, la evolución de la población mundial es un fenómeno descriptible y comprensible, fruto de una lógica. Pero la expresión "explosión demográfica", tal como se emplea habitualmente, prevalece asimismo para el porvenir: implica, en este caso, la idea de una continua expansión, de un crecimiento exponencial incoercible de la población(2). ¿Nos permiten los datos de que disponemos, así como la prospectiva, corroborar o no esta idea? ¿No es preciso, por el contrario, contemplar un fenómeno implosivo?

Antes de dedicarnos a efectuar un análisis prospectivo, tratemos en primer lugar de clarificar lo conocido, es decir, el estado actual de la población mundial, que no es sino el fruto de las siete u ocho generaciones que nos precedieron.

Dos siglos inéditos o la historia contemporánea de la población mundial

Examinemos en primer lugar la magnitud de los datos, antes de exponer sus causas.

Un fenómeno nuevo

Aunque inédito en cuanto a sus cifras, el crecimiento demográfico de los siglos XIX y XX no resulta del todo ignoto en la historia de los pueblos y de las civilizaciones. En efecto,

desde la noche de los tiempos la evolución de la población mundial no se ha visto sometida a una regularidad y a un rigor exclusivamente biológicos. Los cambios técnicos, económicos, políticos y culturales, tanto a nivel global como en partes concretas del mundo, han acompañado la evolución del número de los seres humanos.

Se estima que en 1800 la población mundial ascendía a 954 millones de habitantes. A mitad del siglo XIX, rebasa la cifra de 1.000 millones, para alcanzar con fecha del primero de enero de 1900 los 1.364 millones de habitantes. Así pues, en el transcurso del siglo XIX su crecimiento ha sido del 71%, tasa superior a la de los siglos precedentes.

Este crecimiento medio encubre evoluciones mucho más notables: por ejemplo, la población del Reino Unido asciende de 10,4 millones, en 1800, a 38,7 millones en 1900, lo cual supone un incremento del 272%. El siglo XX registra una evolución acelerada con respecto al XIX. El tránsito del segundo tercio de siglo es resumible en tres datos: en 1967 -con algunos meses de diferencia- la India alcanza los 500 millones de habitantes; los Estados Unidos superan el cabo de los 200 millones, mientras que Francia registra 50 millones de residentes.

A mitad del año 1993, el *World Population Data Sheet* del «Population Reference Bureau» evaluaba la población mundial en 5.506 millones de habitantes. Y para el año 2000, Naciones Unidas prevé un total de 6.261 millones de habitantes sobre el planeta (hipótesis media entre la más baja, de 6.093 millones, y la más alta, de 6.420).

Tales estimaciones han de ser relativizadas con arreglo a las diversas hipótesis propuestas, que permiten entrever, durante el

siglo XX, un crecimiento de la población mundial del 283%. El montante alcanzado (en las cercanías de los seis mil millones) y la tasa media anual de crecimiento (el 1,058%) son, en su conjunto, inéditos en la historia de la humanidad, aun cuando dicha tasa resulte similar a la de Inglaterra en el siglo XIX.

Las causas de este crecimiento

En realidad, el crecimiento demográfico mundial de los siglos XIX y XX es la consecuencia directa de las transformaciones introducidas por la primera revolución industrial en el seno de la economía y de la salud pública. La exportación al resto del mundo de estas técnicas de los países europeos -donde vieron la luz- ha permitido la constatada expansión de la población del mundo entero.

El motor del crecimiento demográfico en los países del Norte, durante el siglo XIX y comienzos del XX, lo ha constituido en primer término la industria y, después, únicamente en un segundo momento, los progresos de la medicina y de la asistencia sanitaria. En los países del Sur, por el contrario, y con cerca de un siglo de retraso, ha sido especialmente la medicina quien ha desempeñado el papel principal.

Hasta entonces, la duración de la vida humana dependía básicamente en cada región de las condiciones climáticas. El régimen demográfico se veía acompasado por las buenas o las malas cosechas. Más tarde, la adopción del caballo de tiro ha acelerado el rendimiento de los trabajos agrícolas; el uso de su estiércol ha permitido la supresión de la rotación de cultivos trienal; la mejora de la viabilidad (el "adoquín real") y la excavación de canales han facilitado los transportes y, por consiguiente, la constitución de *stocks* y la

creación de nuevos puestos de trabajo.

La medicina, la biología y la química han llevado a cabo un decisivo desarrollo de los medios de investigación, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades, mientras que el mejoramiento de las redes de distribución de agua potable, de saneamiento y de recogida de basuras han garantizado los avances de la higiene pública.

Beneficiaria de mejores condiciones de vida, de una alimentación suficiente en todas las estaciones del año, de una mejor higiene, de vacunas preventivas y de cuidados diversos, la humanidad ha descubierto que aquéllo que -en los siglos y en los milenios precedentes- resultaba inimaginable se convierte en una realidad: el hombre es capaz de hacer retroceder a la muerte en proporciones ostensibles. A este cambio radical lo denominamos la primera revolución demográfica(3).

Efectivamente, el crecimiento demográfico de los siglos XIX y XX no es la consecuencia de un cociente de fecundidad más alto que en siglos anteriores, sino del decremento de la mortalidad acarreado por los progresos económicos y sanitarios.

Los mecanismos de este decremento van a responder, en los países del Sur, a una lógica a la vez diferente y más rápida, porque dichos países se han beneficiado en muy breve plazo -sobre todo, durante el siglo XX- de los conocimientos médicos asimilados y progresivamente adquiridos antes en los países del Norte. En éstos, la ciencia médica se había formado y difundido desde aproximadamente un siglo; en el Sur, y en el lapso de algunos años, ha sido posible aplicar conocimientos y métodos ya experimentados y contrastados en los países del Norte, como las vacunaciones sistemáticas. El margen existente entre mor-

talidad en rápido descenso y natalidad constante ha deparado un alto excedente natural, esto es, una importante tasa de crecimiento.

Ante todo, el siglo XX ha conocido una tasa de crecimiento anual cada vez más importante con la generalización del empleo de las técnicas anti-mortandad, aportadas por la medicina y el progreso sanitario. Para el conjunto del mundo, a finales de los años sesenta se ha alcanzado una tasa anual máxima del 2,1%. Luego, dicha tasa mundial muestra una deceleración. Así pues, la curva de crecimiento de la población mundial no es -como se ha podido temer- exponencial, sino que tiene más bien el aspecto de una curva logística. Se recobra el esquema(4) habitual de la "transición demográfica".

Tal esquema muestra, de hecho, que en una primera fase la evolución demográfica de los diversos países atraviesa por un período de fuerte crecimiento. La duración de esta primera fase ha sido particularmente breve en los países del Sur, quienes, en pocas décadas, se han beneficiado de los progresos acumulados por el Norte desde hace más de un siglo.

Más tarde, en una segunda fase, la mortalidad no desciende ya al mismo ritmo, y la natalidad comienza a adaptarse a las nuevas condiciones de aquélla.

Al reducirse el margen existente entre natalidad y mortalidad, la tasa de crecimiento disminuye. De esta forma, estimada en 1968 en un 2,11%, desciende al 2,04% en 1970; al 1,97%, en 1975; al 1,75%, en 1980, y a menos del 1,70% en 1993. Aunque se traten todavía de tasas no desdeñables, la tendencia resulta incontestable. En cuanto a lo que algunos podrían denominar lentitud de la evolución, es conveniente considerar la lógica de larga

duración de los fenómenos demográficos(5). Así, los descensos de la fecundidad sobrevenidos en once años -desde 1981 hasta 1993- evidencian a nivel nacional porcentajes muy importantes: la fecundidad desciende un 17% en China, un 29% en México, un 32% en Sri Lanka, un 33% en Argelia, un 34% en Turquía y un 40% en Brasil.

Los años ochenta corresponden, por tanto, a un giro capital. La segunda fase de la transición demográfica o, en otras palabras, un significativo descenso de la natalidad -debido al retroceso de la mortalidad- se difunde prácticamente en todos los países mundiales, inclusive aquéllos que algunos expertos creían predestinados a una fecundidad ineludiblemente alta, cual es el caso de los países musulmanes.

Después de la "transición"

El período de "transición" ha finalizado por lo que a los países del Norte se refiere. Sus evoluciones demográficas nos llevan a criticar el uso mismo del término *transición*. De hecho, una transición es definible como el paso de una situación a otra. Ahora bien, la situación posterior a la "transición" es una incógnita, puesto que nada permite afirmar que vaya a instalarse un régimen demográfico regular -y menos cuál- tras dicha transición. ¿Existen leyes que definan las evoluciones demográficas postransicionales? En caso afirmativo, han de concernir a la fecundidad. Efectivamente, la evolución de la población no se halla ya bajo la fuerte dependencia de las leyes o, mejor dicho, de las coacciones de la mortalidad; en adelante, el factor explicativo fundamental de las evoluciones demográficas lo constituye la fecundidad. Y los niveles de fecundidad que lideran, por tanto, las evo-

luciones futuras han descendido en prácticamente la totalidad de los países europeos (en el sentido geográfico del término: de Brest a Brest Litovsk, o sea, 36 países) por debajo del umbral del simple relevo generacional. Las únicas excepciones son Groenlandia, Irlanda, Suecia(6) y Albania.

La situación es semejante en cuatro países de la antigua Unión Soviética (Bielorusia, Georgia, Rusia y Ucrania) y en América del Norte. Y asimismo la reencontramos en Australia, en la mayoría de los países de Asia Oriental (China, Corea del Sur, Hong Kong, Japón, Macao y Taiwán), en Singapur y en diversos países caribeños (Antigua y Barbuda, Barbados, Cuba, Dominica y la Martinica). Los bajos niveles de fecundidad registrados por el conjunto de estos territorios presentan consecuencias demográficas inmediatas y consecuencias a cierto plazo.

Por el momento, la proporción de personas menores de veinte años decrece en los territorios mencionados, estrechándose la base de la pirámide de la edades hasta el punto de perder tal forma piramidal. En las regiones con estructura por edad bastante envejecida, la mortalidad supera a la natalidad y el saldo natural es negativo: durante 1992, ha sido éste el caso, por ejemplo, de Estonia, Letonia, Alemania, Bulgaria y Hungría.

En cuanto a las consecuencias a plazo, algunas son conocidas y otras dependen de los comportamientos venideros. Conocido es el hecho de que ciertas generaciones serán, en todo caso, menos numerosas que las precedentes, originando relativas modificaciones en los informes demográficos: envejecimiento de la población en edad activa y menor proporción de personas en edad activa con

relación al número de jubilados. En el supuesto que perdurasen los bajos índices de fecundidad, todavía es incierto el nivel eventual de despoblación.

Desde hace dos siglos, la evolución de la población mundial es el resultado de una lógica. La importancia de los efectivos de las poblaciones no es el fruto de generaciones espontáneas o imprevisibles, de desarrollo incomprensible, sino el producto de mecanismos explicables y analizables científicamente. ¿Nos permite este conocimiento del pasado y el presente demográficos de nuestro planeta esclarecer el porvenir? Es conveniente tratar de responder a esta pregunta.

Prospectiva y población mundial

La reflexión sobre el porvenir de la población mundial se inscribe dentro de una gestión prospectiva. Esta gestión conoce, en demografía, iguales inconvenientes que en otras disciplinas y se beneficia, sin embargo, de bazas específicas que permiten cuantificar diferentes modelos.

Pros y contras de la prospectiva en demografía

La prospectiva, "esa ojeada sobre el porvenir destinada a iluminar la acción presente"(7), aparecía *a priori* relativamente cómoda en demografía, porque esta ciencia es beneficiaria de diversas ventajas. En primer lugar, un conocimiento aparentemente bueno de los datos actuales, punto de partida de toda prospectiva; a continuación, la lógica de larga duración inherente a la demografía, que ofrece grandes certezas de cara al porvenir (por ejemplo, los habitantes de nuestro planeta que, en el año 2020, tendrán 27 o más años han nacido ya en 1993); finalmente, los movimientos que afectan a una población no pre-

sentan anualmente sino cambios limitados con respecto a la ya existente. Por lo general, los flujos (nacimientos, defunciones, saldo migratorio) poseen una escasa importancia matemática tocante al *stock*, esto es, a la población existente con fecha primero de enero. Dichos flujos, a lo sumo, son de algunos puntos y, además, la tendencia de su variación -la derivada de la curva- puede, más o menos, deducirse observando sus evoluciones durante los últimos años. Es por ello que los fenómenos demográficos poseen una gran inercia.

No obstante, estas ventajas han de ser relativizadas. Numerosas regiones del mundo carecen de registro civil o tienen un registro civil desfalleciente(8) *. Los estudios que permiten medir la distribución por edad de las poblaciones resultan insuficientes. Los datos conseguidos de manera oficial no son completamente cifras fiables, sino órdenes de magnitud que en ocasiones pueden ponerse en entredicho. Por ejemplo, en 1991 las estadísticas de Naciones Unidas señalaban para Nigeria una población de 122,5 millones de habitantes, pero el resultado de un censo más reciente ha obligado a reducir dicha cifra en 34 millones(9).

Por otra parte, es evidente la tendencia de los mandatarios de algunos países a inflar las cifras por razones políticas. Ha sido preciso, en consecuencia, revisar los resultados de los censos efectuados en la ex Unión Soviética, falsificados, por orden de Stalin, con objeto de encubrir la importancia de la mortalidad originada ante todo por sus purgas y, a continuación, por la regresión de las condiciones sanitarias. Otros mandatarios -éstos del Tercer Mundo- han también inflado sus efectivos para verse favorecidos con mayores ayudas

por parte de los organismos internacionales. Frente a las estadísticas demográficas, es conveniente, pues, conservar un espíritu crítico que tome en consideración los métodos, los conceptos, incluso la filosofía desplegada.

La prospectiva demográfica debe ser modesta(10). La tendencia casi-inevitable de toda prospectiva es partir de la lógica del momento en que es realizada, y dicha lógica puede muy difícilmente tener en cuenta las contingencias capaces de intervenir. Así, en un pasado reciente, cuando se disponía de datos cada vez más completos, variaciones de gran trascendencia no han sido previstas o contempladas sino por un reducido número de personas: la celeridad del decremento de la mortalidad en el Tercer Mundo; el descenso de la fecundidad en los países del Norte; el retorno local de ciertas epidemias, y la irrupción de una nueva pandemia contra la cual, por el momento, la ciencia se encuentra desarmada.

Los modelos

Las distintas hipótesis elaboradas por los demógrafos conducen fundamentalmente a dos modelos de futuro: el de "implosión" y el de estabilización. El modelo de la implosión consiste en una prolongación de los cocientes de fecundidad actuales de los países del Norte y nos conduce a un envejecimiento, a una despoblación y, en última instancia, a un agotamiento demográfico. En efecto: cuando las generaciones no son relevadas más que en parte, llega matemáticamente un momento en que dejan de existir. Ha sido Jean Bourgeois-Pichat, antiguo director del *Institut National d'Etudes Démographiques*, quien ha estudiado tal posibilidad, bautizándola con el nombre de "implosión demográfica"(11).

Este modelo es aplicado para los países industriales (el Norte) de un modo dispar que para los países poco desarrollados (el Sur), puesto que las situaciones de partida en estas dos grandes zonas son diferentes. El autor supone en dicho modelo que los países del Norte se alinean progresivamente en torno a la baja fecundidad de Alemania, lo cual han hecho ya Italia y España. A cierto plazo, esta tendencia conduce a una disminución de la población del 2% anual. Si la situación perdurase o, con otras palabras, si la fecundidad siguiera siendo baja y los países industriales se hallaran cerrados a los movimientos de población, es decir, a la inmigración, ¿cuáles serían los resultados? En una primera fase, los países industriales -por efecto de la velocidad adquirida- continuarían contemplando una tasa de crecimiento ligeramente positiva, que culminaría en el año 2020 con 1.400 millones de habitantes. Entonces, al desvanecerse el efecto de la velocidad adquirida, la población de los países industriales disminuiría hasta descender, a partir del 2070, por debajo de los 1.000 millones. La lógica cuantitativa de las matemáticas, es decir, la permanente aplicación de una tasa anual de crecimiento negativo conduciría, en los países industriales, a la desaparición de todo poblamiento a partir del año 2250.

Sin abandonar el modelo de "la implosión demográfica", examinemos ahora el caso de los países poco desarrollados. La disminución de la fecundidad de este grupo de países se alinearía, pues, de modo progresivo alrededor de la de Alemania, lo que han hecho ya países del ex Tercer Mundo como *Los Dragones**. Los países poco desarrollados, quienes en 1990 contabilizaban cuatro mil millones de habitantes, proseguirían creciendo hasta al-

canzar una cifra máxima de 8.400 millones de habitantes en el año 2080. Después, la población comenzaría a disminuir. Si se mantuviera la tasa de decremento durante todas las generaciones siguientes, la población de los países poco desarrollados -y, por tanto, la del planeta entero- acabaría por desaparecer en el año... 2400.

Junto al modelo de la implosión demográfica, disponemos de las proyecciones demográficas que Naciones Unidas elabora periódicamente. Las últimas, publicadas en 1992(12), proponen una serie de evoluciones hasta el año 2150 conforme a cinco diferentes hipótesis de fecundidad. Pero Naciones Unidas no ofrece más que una hipótesis única de mortalidad: la esperanza de vida aumentaría sin intermitencias, de aquí al año 2075, hasta alcanzar en el conjunto del planeta un promedio de 87,5 años para las mujeres y de 82,5 años para los hombres. La unicidad de una hipótesis semejante resulta discutible. En principio, excluye todos los factores susceptibles de frenar el aumento de la esperanza de vida, aun de aminorarlo; excluye de igual manera la hipótesis contraria de gerontólogos que -merced al progreso científico- tienen confianza en lograr un cambio brusco y aplazar la muerte hasta los 140 años(13), o sea, 20 años más que los *seis-veintes** prometidos por Frosina a Harpagón(14). Además, la hipótesis confía en progresos lineales en la esperanza de vida, lo cual supondría que la combinación de los adelantos médicos, de la mejora del nivel de vida y de los comportamientos individuales generan esta regularidad.

Por lo que atañe a la fecundidad, Naciones Unidas toma en cuenta el descenso constatado desde finales de los años sesenta y lo prolonga con arreglo al mecanismo de la tran-

sición demográfica. El modelo de "baja" fecundidad desemboca en un nivel de 1,7 hijos por mujer, en el año 2025, mientras que el de "alta" fecundidad viene a parar en 2,5 en el año 2050.

Naciones Unidas propone tres modelos más, que corresponden a otras tantas hipótesis intermedias de fecundidad: semi-baja, media y semi-alta. Los resultados de dichos modelos son, en este caso, muy divergentes. Dentro de la hipótesis alta, la población mundial -estimada en 1990 en 5.300 millones de habitantes- alcanza los 9.440 millones en el año 2025 y 28.025 millones en el 2150; dentro de la hipótesis "baja", las cifras se convierten en 7.591 millones, en el 2025, y 4.299 en el 2150, o sea, un efectivo inferior al de los años noventa, pese a un aumento del 50% en la esperanza de vida. La enorme elasticidad de las hipótesis acarrea una extrema variabilidad en sus resultados.

¿Debe considerarse más razonable el modelo calificado de "medio", según el cual la fecundidad va alineada al nivel de las tasas de relevo generacional (2,1 hijos por mujer) cuando la situación sanitaria es buena? Nadie puede contestar a esta pregunta, porque este modelo no es mediano sino desde un punto de vista matemático. Ni siquiera resulta mediano respecto a los distintos factores evolutivos, ya que admite que algunos influirán fuertemente y otros, poco. Este modelo "medio" fija la población mundial del año 2000 en 6.261 millones de habitantes(15); 10.019 millones en el 2050; 11.186 millones en el 2100, y 11.543 en el 2150. Es éste el modelo conducente a una estabilización de la población mundial.

Por útiles que sean para reflexionar, estos modelos de la ONU justifican, aparte de las

observaciones más arriba realizadas, otros reparos. Proponen un índice único de fecundidad y lo aplican al conjunto de la población mundial. Contemplar, además -como el modelo medio lo hace-, una cifra de 2,1 hijos por mujer en todos los países del mundo significa olvidarse de que, durante el último tercio del siglo XX, la cuasi-totalidad de los países industriales se ha situado claramente por debajo del umbral de relevo.

El balance actual

Todas estas constataciones desembocan en numerosas incertidumbres de cara al futuro. Sin embargo, permiten clarificar nuestra reflexión haciendo hincapié, finalmente, en el balance actual y en el porvenir.

El balance de la primera revolución demográfica(16) de los siglos XIX y XX puede resumirse en tres puntos:

--La regresión de la mortandad y la lucha contra sus tres azotes (la mortalidad infantil*, la mortalidad materna, la mortalidad pediátrica) han permitido un *aumento inédito y ostensible de la esperanza de vida*; dependiendo de los países, la esperanza de vida al nacer se ha doblado, incluso triplicado. En el transcurso de estos dos últimos siglos la evolución más importante la ha constituido la longevidad.

--Dicho aumento de la duración de la vida humana, en combinación con un relevante distanciamiento entre las tasas de natalidad y las de mortalidad -cuando los países superan la primera fase de la transición demográfica-, ha implicado un *importante crecimiento de la población mundial*: superior al 71%, en el siglo XIX, y al 224% en el siglo XX.

--Estas evoluciones han dado origen al *problamiento de regiones que -en 1800- se hallaban prácticamente deshabitadas*, y han contribuido

a una *urbanización sin precedentes*.

Las evoluciones cuasi-seguras

Por lo que al enfoque prospectivo se refiere, nos conduce, en razón al período de tiempo elegido, a diferentes conclusiones. Si limitamos dicho período a un alcance humano, es decir, a unos cincuenta años, parecen evidentes tres evoluciones:

--Habida cuenta de los progresos realizados y esperados en materia de regresión de la mortalidad, el crecimiento global de la población mundial -aunque no fuera sino por el efecto de velocidad adquirida- resulta cuasi-seguro, salvo catástrofes mayores de una magnitud insospechada: epidemias mortíferas, guerras(17), catástrofes naturales. En todo caso, el crecimiento previsto no tendría equiparación, al menos porcentualmente, con el del siglo XX, ya que podría ser *tres veces menor*.

--Esta evolución global encubre realidades muy dispares, en particular las que contraponen -para simplificar- a los países industriales (antiguos o nuevos) con los restantes. Es cuasi-seguro que aquéllos verán acentuarse, en proporciones notables, *el envejecimiento*(18) de sus poblaciones. Salvo una nueva prolongación significativa de la longevidad (que no tendría lugar sin plantear ulteriores problemas) y, asimismo, salvo un espectacular restablecimiento de su fecundidad, buen número de ellos conocerán *un decremento de su población*, incluso una desertificación de algunas regiones, susceptibles de generar migraciones con múltiples consecuencias.

--En cuanto a los países en vías de desarrollo deberían (en base a la juventud relativa de su población actual) registrar un significativo crecimiento de su población, pese al des-

censo progresivo de su nivel de fecundidad y al mantenimiento o la irrupción de una cierta sobremortandad en determinadas regiones.

Los posibles futuros

A medio plazo, en el sentido demográfico de la expresión, es decir, más allá de tres o cuatro generaciones -dentro de aproximadamente un siglo-, los futuros posibles varían entre dos evoluciones extremas que parecen integrar un suelo y un techo.

El suelo es el modelo de "la implosión demográfica". Es lícito preguntarse si no han tomado ya este rumbo aquellos países que, poseedores de una fecundidad establecida en 1,7 hijos por mujer -o inferior a ella-, padecen un decremento natural por generación del 20% de su población(19). Este modelo no podría mundializarse sino en el caso de que los países del ex Tercer Mundo, al alcanzar su desarrollo y concluir su transición demográfica, adoptaran los comportamientos demográficos de sus predecesores, a ejemplo del Japón y de *Los Dragones*.

El techo resultaría del final del proceso de la primera revolución demográfica en las estructuras de la población mundial, es decir, de la considerable regresión de la mortalidad, acompañada por una fecundidad en absoluto despreciable.

Cualquiera que sea la pertinencia de estas conclusiones, es menester recordar que todas las proyecciones cuantitativas de población son inciertas, pues lamentablemente se hallan basadas en un conocimiento aproximado de la situación de partida. Quedan, de hecho, por lograrse muchos avances en materia de estadística demográfica. El efectivo de las poblaciones de numerosos países se conoce de forma deficiente, y sus niveles de natalidad y

de mortalidad ofrecen dudas, así como la composición por edad de la población.

Aunque la "implosión demográfica" no sea más que un modelo eventual, del cual cabe pensar que raya en el absurdo si es llevado hasta sus últimos extremos, la utilización de esta fórmula parece pedagógicamente necesaria, porque hace que nos preguntemos sobre lo que en realidad encubre la expresión tan en uso de "explosión demográfica". Nos permite, asimismo, salir de caminos trillados y conservar un espíritu crítico frente al enunciado de una vulgata neomalthusiana con tendencia a considerar que el porvenir se inscribe dentro del juego de las progresiones geométricas(20), sin que, a ciertas personas, les pase siquiera por la cabeza -mientras se manifiesta ya en numerosos países- la idea de un previsible y rápido descenso (acelerado, incluso) de la fecundidad en el Tercer Mundo. Nos permite, de igual modo, preguntarnos sobre los riesgos de un alza de la mortalidad, cuando los brotes de enfermedades endémicas o el desorden económico han mostrado ya esta posibilidad en distintas regiones.

In fine, la gestión científica permite, a la vez, comprender mejor la historia demográfica contemporánea, introducir una reflexión prospectiva y, en consecuencia, iluminar la acción presente.

(Título original: "De l'explosion à l'implosion démographique?". Traducción: Alberto Caballero)

Notas

1. Philip M. Hauser, *American Sociological Review*, diciembre 1968. Este discurso presidencial resulta tanto más notable cuanto que Hauser, a la sazón profesor de la Universidad de Chicago, ha sido el único universitario americano en presidir la Sociedad Americana de Sociología (1967-1968), la Asociación Americana de Estadística

(1962) y la Asociación Americana de la Población (1950). Cf. Salustiano del Campo, prólogo de la traducción española del texto de Philip M. Hauser, editada con el título de *La sociedad caótica*, Ariel, Barcelona, 1972, p. 8.

2. Por otra parte, en la conferencia anteriormente citada, Philip M. Hauser considera que existen remotas posibilidades de reducir el crecimiento antes del año 2000 y que se mantendrán los elevados índices de natalidad.

3. Se trata de la primera dentro de la historia contemporánea. Mas la Historia ha conocido otras revoluciones demográficas, como la del período neolítico (cf. Pierre Chaunu, *Trois millions d'années*, Robert Laffont, París, 1990, 346 pp.), que desencadenó el crecimiento de lo que Pierre George ha llamado, para simplificar, las poblaciones inmóviles (*Population et peuplement*, PUF, París, 1980, p. 111).

4. Nos parece preferible el término "esquema" a la utilización -bastante pretenciosa- de la palabra "teoría", por cuanto dicha teoría "consiste, en su mayor parte, en una mera descripción de acontecimientos históricos". Cf. Jean-Claude Chesnais, *La transition démographique*, PUF, París, 1986, 580 pp.

5. Gérard-François Dumont, "Démographie, science sociale", *La vie, la mort, la foi. Mélanges à Pierre Chaunu*, PUF, París, 1993.

6. Estos tres países se hallan exactamente al nivel de relevo, habiéndolo Suecia recobrado después de un largo período de encontrarse por debajo del mismo.

7. Michel Godet, *De l'anticipation à l'action*, Dunod, París, 1992.

8. Algunos países han llevado a cabo un estricto embargo de sus informaciones estadísticas, como Corea del Norte desde 1964 hasta 1989. Cf. Nicolas Eberstadt, "Population et main d'oeuvre en Corée du Nord", *Population*, XXXVIII, 3, mayo-junio 1993, p. 683.

* *Défaillant*, en el original francés. El término, obviamente, hace alusión a una pérdida de fuerzas morales, de valores éticos (N. del T.)

9. *Population et sociétés*, 272, octubre 1992.

10. Gérard-François Dumont, *Démographie*, Dunod, París, 1992.

11. Jean Bourgeois-Pichat, "Du XXe au XXIe siècle: l'Europe et sa population après l'an 2000", *Population*, vol. XXXIII, enero-febrero 1988, pp. 9-42.

* Conjunto de países del sudeste asiático en los que, debido fundamentalmente a su mano de obra barata, se han asentado importantes empresas extranjeras dedicadas, sobre todo, a la electrónica, contribuyendo a revitalizar su economía (N. del T.)

12. United Nations, *Long-Range World Population Pro-*

jections: Two Centuries of Population Growth, 1950-2150, Nueva York, ONU, 1992.

13. Roy L. Malford, *La vie la plus longue*, París, Laffont, 1984.

14. Jean-Baptiste Poquelin, conocido como Molière, *El Avaro*, acto II, escena VI. Se representó por vez primera el 9 de septiembre de 1668, con Madeleine Béjart interpretando el papel de Frosina, "mujer intrigante" [Se sobrentiende que el propio Molière dio vida a Harpagón (N. del T.)].

* *Six-vingts*, en el original. Juego de palabras de Molière que no equivale exactamente a "seis veintenas", y no corresponde en absoluto al número 120 francés, sino que alude ingeniosamente al número ochenta, es decir, *quatre-vingts* (N. del T.)

15. Mientras que, en 1968, Philip M. Hauser mencionaba unas perspectivas medias de 7.500 millones, esto es, un 20% por encima.

16. Acerca de las características de esta revolución, cf. Gérard-François Dumont, *Le Festin de Kronos*, Fleurus-Esais, París, 1991, 203 pp.

* Evidentemente, el autor se refiere aquí con *infantile* a los recién nacidos o menores de un año, mientras que a continuación (*enfants*) hace referencia a los niños de más edad (N. del T.)

17. Es preciso hacer notar que un suceso tan espectacular como la Segunda Guerra Mundial, si bien ha tenido una profunda influencia sobre la vitalidad de las poblaciones europeas, no ha determinado más que una ralentización apenas apreciable del crecimiento de la población mundial.

18. Gérard-François Dumont, "Le vieillissement, un phénomène social majeur", *Revue des Deux Mondes*, marzo 1993, pp. 104-124.

19. Es decir -recordémoslo-, cada 25 ó 30 años.

20. Un juego que conduce a extravagancias de este género: 1.189 millones de habitantes para Turquía, en el año 2070, frente a los 35 que contabilizaba en 1970, y 2.230 millones para México frente a 50, en las fechas ya indicadas. Cf. Alfred Sauvy, *Croissance zéro?*, Calmann-Lévy, París, p. 125. Una explicación de esta miopía intelectual debe, sin duda, buscarse en el enorme desdén que muestran los manuales de estadística respecto a la curva logística, la cual puede ser considerada como la curva universal de evolución de las poblaciones naturales. Por lo común, los programas informáticos la ignoran, aunque figurase ya entre las prestaciones -en lenguaje Basic- que brindaba, ¡allá por 1984!, el *Sharp 1500*, uno de los primeros ordenadores portátiles.